

tendido que el gran cazador don Santos anda detrás de esa fierecilla para echarle el lazo, y traértela.

ISIDORA ¡Qué enredo! (Con desprecio.) ¡Déjeme usted en paz!

LUENGO Y entiendo que Alejandro estuvo aquí.

ISIDORA (Asustada.) ¡Aquí!

LUENGO Aquí, en tu casa.

ISIDORA ¿Cuándo?

LUENGO Hoy.

ISIDORA (Con vehemencia.) ¡Eso no es verdad! ¡Déjeme usted! ¡No quiero oírle!

LUENGO (Con hipocresía, humillándose.) Perdona, hija, no te enfades. Ya me voy. Yo soy tu amigo, amigo leal de la familia, y en prueba de ello, volveré á traer noticias, á saber de tí, de tus planes... Adiós... A trabajar la niña... Adiós.

ISIDORA Adiós, sí... Y no vuelva por acá... (Me da miedo este hombre.) (Vase Luengo. Sale Bonifacio por la puerta de la derecha, con piezas de tela.)

BONIF. (Ya está sola.) (Al cerrar la puerta, no echa el pasador; la deja entornada: Márquese este movimiento.)

ISIDORA Que no pase nadie. Tengo que trabajar.

BONIF. Está bien. (Vase á la tienda: cierra las vidrieras.)

ESCENA IX

ISIDORA; poco después, ALEJANDRO

ISIDORA (Afanada, sentándose en el escritorio.) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!... Aquí está el *vendí*... Pongamos la nota del género cedido. (Escribe.) Primero: doce piezas de... (Se detiene preocupada.) Ese pillo de Luengo... No, imposible que Alejandro se atreviera á venir aquí. (Escribe.) Seis piezas de á metro sesenta de ancho.. No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (Entra Alejandro cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.) Hacen un total de metros noventa, que arrojan, pesetas 1.350. Bien... (Pensando.) Sí, le tengo aquí, aquí... Imposible ol-

vidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí? (Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.)

ALEJ. (Contemplándola desde el fondo, junto á una de las mesas grandes.) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan á la desdichada humanidad.

ISIDORA (Escribiendo.) Pesetas 1.037. (Pensando.) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de... No sé qué es esto. Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida, y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo. Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas... (Dominando su pensamiento.) Anda, hija, no te duermas. (Escribe.) Añado los cincuenta pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.)

ALEJ. (Avanzando un poco hacia la izquierda.) ¡Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegación artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, ó sea la plétora de leyes y principios... ¡Dichosos los salvajes, los pastores, los vagabundos, emancipados por la divina pobreza, por la bendita ignorancia!

ISIDORA (Contemplando gozosa su escritura.) ¡Qué bonitos números! Aquí tengo tres cincos, tan gallardos, con sus plumachos en la cabeza, y debajo un seis muy panzudo, agarrado de un tres, que parece desternillarse de risa... ¡Oh! no sé qué tengo hoy... Ya me equivoqué tres veces. Es la pícara imaginación, que se me quiere insurreccionar... (Oprimiéndose la frente.) Imaginación, ten juicio... no en-

redes, hija, no enredes... (Pensando.) ¡Vaya con lo que me dijo Luengo! ¿Será cierto que estuvo aquí? ¡Pobrecillo! Sin duda está loco por verme... Pues que se fastidie. (Recordando.) ¡Ay, lo que me falta todavía!... ¡El pedido de género alemán! (Levántase, y rápidamente va al otro lado.) Aquí dejé los muestrarios. (Los examina. Alejandro se ha ocultado en el fondo tras cualquier objeto.) Este no es. Aquí está el que pedí, (Hojeándolo.) con las señales de lápiz que puse la semana pasada. Bonitas telas... ¡qué novedad de colores!... De este color era el último vestido que me compró Alejandro... ¡Es raro esto, que no pueda hoy apartarle de mi memoria! (Quédase absorta y se sienta en una silla baja, junto á la mesilla. Alejandro se desliza paso á paso por el fondo, va al escritorio y se sienta en la banqueta.) Paréceme que le estoy viendo. (Dominándose.) ¡No, si no quiero verle! (Con energía.) ¡No, no! (Transición.) Bah... ¡Cómo miente una, cómo miente, aun hablando consigo misma! Tenemos la mentira tan metida en el alma, que ni discurrendo á solas dejamos de decirnos algo que no es verdad... (Recobrándose.) Ea, que el tiempo vuela, Isidorita. A trabajar. (Dirigese al escritorio. Al ver á Alejandro en el sitio que ella ocupaba antes, da un grito; quédase después suspensa, aterrada, inmóvil y muda, como no creyendo á sus ojos, ó si se hallara en presencia de una visión.)

ALEJ. (Sonriendo.) Sí, yo soy... ¿Me tomas por un fantasma?

ISIDORA (Da algunos pasos: retrocede.) No, no eres... no eres... ¡Alejandro!... (Acercándose más.) ¿Eres tú de veras?

ALEJ. Yo, sí, que me recreo, que me extasío mirándote.

ISIDORA ¡Oh, qué absurdo!... ¡tú... en mi casa!... ¡Por Dios, vete, vete pronto de aquí! Pueden venir mis padres, mi tío...

ALEJ. Sosiégate... Me iré si tú lo mandas... Pero no sin decirte que me abandonaste caprichosamente y sin motivo. Sabes muy bien que no amo á la que fué causa de tu arrebató de celos; sabes que, de

cuantas mujeres existen en el mundo, no puedo amar más que á una sola, á tí.

ISIDORA Déjame, déjame. Te tengo miedo. Guárdate tu amor, que para mí es tan incomprendible como tus ideas. Tus palabras bonitas no me trastornarán otra vez. Estoy curada de esa enfermedad que llaman ensueño.

ALEJ. Es que en medio de estas realidades en que tú vives, piensas en mí... No lo niegues.

ISIDORA ¡Fátuo!

ALEJ. Que no lo niegues, Isidora.

ISIDORA Bueno: pues que piense alguna vez, ¿eso qué significa?

ALEJ. Significa, sí... significa que tengo motivos para envanecerme... Mi fatuidad, como tú dices, mi orgullo, como digo yo, se funda en eso...

ISIDORA ¿En qué?

ALEJ. En que este soñador, este delirante, que aborrece los negocios, las carreras, la política y el matrimonio, que sólo ama las ideas puras, que es religioso á su modo, poeta á su modo, sin hacer versos, artista por entusiasmo, tiene y tendrá siempre un lugarcito en el pensamiento de la mujer práctica. No podrás, no podrás desterrarme de tí, Isidora, no podrás, no podrás... Y cuando más engolfada estés en tus números y más amarrada á la realidad por tus obligaciones... dejarás volar tus miradas por el vago espacio, buscándome á mí, al ensueño... No puedes, no, no puedes...

ISIDORA (Haciendo un supremo esfuerzo para vencer la sugestión.) ¡Sí podré! (Apelando al último recurso.) Me impides trabajar... Trabajo urgentísimo, de que depende quizás la salvación de mi casa (1). *

ALEJ. Eso no. Tú trabajas... y yo te admiro.

(1) La parte de diálogo entre asteriscos puede suprimirse en la representación, para no prolongar la escena.

- ISIDORA No puedo. Tu presencia me trastorna.
- ALEJ. Yo te ayudaré. (Además de sentarse en el escritorio.) Díc-tame.
- ISIDORA No, no; déjame el sitio. (Le echa del escritorio y se sienta ella.) Acabaré la nota para el saldista.
- ALEJ. ¿Quieres que dicte yo? (Da la vuelta y se pone al otro lado del escritorio, vuelto hacia Isidora.)
- ISIDORA (Escribiendo rápidamente.) No, no es preciso. ¡Qué malo eres!
- ALEJ. No soy malo. Soy un hombre que se ha formado solo, que nunca conoció el trabajo, ni las dificultades de la vida.
- ISIDORA (Muy nerviosa, escribiendo á prisa, y procurando abstraerse, pero sin conseguirlo.) Doce mil setecientos y... ¡Ah! me olvidaba. (Buscando un papel.) Estoy en Babia. Y tú robándome la tranquilidad, el tiempo. (Escribe.) Además, cincuenta pañuelos de crespón...
- ALEJ. ¿Que yo te robo los pañuelos?
- ISIDORA No... digo... Cincuenta, desde 130 á 800 pesetas... Sigue. ¿Qué decías?
- ALEJ. Quedé huérfano y rico. Ni mis padres ni mi tutor supieron hacer de mí lo que llamáis un hombre útil. No es que yo me queje de este abandono.
- ISIDORA Vives en un mundo imaginario.
- ALEJ. Y tú en otro, porque eso que haces es tan imaginario y tan vago como las nubes que corren por el cielo, obscuras unas, otras iluminadas por el sol.
- ISIDORA ¿Ves? Ya me equivoqué por culpa tuya. Escribílo otra vez. Treinta varas á... ¿Con que las nubes?... ¿el rayo de sol?... á 12,50... Anda: ya equivoqué los números.
- ALEJ. ¿Qué más da? Todos los números y cifras son iguales. Podrán parecernos distintos; pero en la cuenta final y total, no son más que una sucesión infinita de ceros.
- ISIDORA (Escribiendo con agitación.) Con la rebaja del 30 por 100...

- Estas loco y quieres que yo también lo esté. Déjame á mí en la realidad, y vete tú á tus nubes.
- ALEJ. Todo es nubes, eso y lo mío.
- ISIDORA Ahora, el pedido. Coge el muestrario y me vas dictando las cifras de las telas que verás marcas al margen con lápiz azul.
- ALEJ. (Coge el libro.) Todo es cielo, espacio sin fin, la materia tan infinita como el espíritu, la diligencia tan ociosa como la ociosidad. (Dictando.) 747.
- ISIDORA (Muy excitada, escribiendo con grandísima rapidez.) ¡Pobre visionario!... De ésta pido treinta piezas... Sueñas con el arte que no posees.
- ALEJ. 749... Lo poseo admirando á los que lo cultivan. 781.
- ISIDORA Arte... ¡qué bonito! (Calculando.) Cuarenta y cinco piezas... Más á prisa.
- ALEJ. 801 bis, Sueño con el amor, cuyo ideal encontré en tí.
- ISIDORA Anda, morena. (Burlándose.) ¡El amor, valiente tontería!... (Calculando.) De ésta ochenta piezas.
- ALEJ. 810.
- ISIDORA Si al menos te ajustaras á la realidad de las cosas... Treinta y cinco.
- ALEJ. Eso es mucho pedir.
- ISIDORA ¿Qué? (Creyendo que se refiere al pedido de género.) ¡Mucho?
- ALEJ. No, digo... 842. La realidad y yo no hacemos buenas migas. 847 bis. Mis ideas, ya sabes...
- ISIDORA (Impaciente.) Dame acá: yo acabo más pronto.
- ALEJ. No, vida mia. 849.
- ISIDORA Dame el libro. (Se lo quita.)
- ALEJ. (Señalando donde él quedó.) Aquí estábamos.
- ISIDORA Me sé de memoria tus ideas. (Escribe.) 850. (Repitiendo burlescamente conceptos de él.) «¡Abajo la vulgaridad! ¡Muera todo lo convencional y rutinario!... Las jerarquías sociales, el matrimonio, la...» ¡já, já!... 855... Cuarenta piezas.
- ALEJ. Eso mismo,
- ISIDORA ¿Sabes lo que significa toda esa monserga?..

Pues no es más que una forma de orgullo... Sí señor. 857.

ALEJ. De dignidad, digo yo.

ISIDORA De soberbia satánica... Cuarenta piezas. Vaya, he concluido. Gracias á Dios. (Metiendo los papeles dentro de un sobre.) Tengo que mandar esto á mi padre. (Salo del escritorio. Dirigese á la puerta de la tienda y llama.) ¡Bonifacio! (Sale Bonifacio.) ¡Está ahí Serafin?

BONIF. Aquí está.

ISIDORA Que lleve esto... pero volando... á papá... en casa de Requejo. (Da el pliego á Bonifacio, y vuelve al proscenio. Bonifacio se va y cierra.) Y ahora, Alejandro, por Dios y por la Virgen... (Señalándole la puerta de la derecha.) *

ALEJ. ¡Vida mía, cuánto me duele verte en este ardiente afán! Para librarte de él y salvar tu casa, dispón de lo mío.

ISIDORA Gracias. No puedo aceptarlo. Eres mi perdición... Lo has sido, lo serías otra vez... No, no quiero. (Asustada, se aparta de él.) Tu apoyo es mi muerte. (Cae en una silla, como fatigada y abatida.) Vete, y no pienses más en mí.

ALEJ. Ah, no... No pensar en tí. ¡Imposible! Es poco ya decirte que te adoro; déjame decirte que te admiro, noble y grande heroína. Quieres luchar sola, fiando en tu voluntad poderosa.

ISIDORA Luchar sola y honradamente es mi orgullo. No me prives de esta satisfacción, la más noble que puede tener un alma. (Se levanta.) Concédeme esto, y... (Mirándole con afecto.)

ALEJ. (Que se había mantenido á respetuosa distancia, da algunos pasos hacia ella.) ¿Qué?

ISIDORA Te querré.

ALEJ. (Con júbilo.) ¡Qué me querrás, que volverás á quererme!... No soy ya tan desdichado. El pobre soñador se consuela con esa esperanza, y hace de ella la verdad de su vida.

ISIDORA (Retrocede asustada.) ¡Cómo me seduce el pícaro!

ALEJ. (Con entusiasmo.) En mi corazón pongo un altar y en

el altar un símbolo, uno solo: tú, tú, en alma y cuerpo...

ISIDORA ¡Me arrastra, me fascina!

ALEJ. Y allí te adoraré... No te desdigas. ¡Volverás á quererme!... Es que subsiste en tí el cariño... (Isidora le mira amorosamente sin decir nada.) Más que cariño, amor...

ISIDORA (Dando algunos pasos hacia él con deseos de abrazarle, que reprime.) Sí.

ALEJ. Si es ley que nos amemos, ven á mí.

ISIDORA Sí. (Se abrazan.) Es ley.

ALEJ. Si no existiera la disparidad de caracteres, no existiría el amor, el sentimiento universal que mueve los mundos.

ISIDORA Te quiero, sí. (Con abandono, apoyando su frente en el pecho de él.) Eres mi muerte moral, la muerte de mi voluntad. Desde que estás aquí, las ideas de orden se me han ido de la cabeza. (Entorna los ojos, como sufriendo un desvanecimiento. Alejandro la sostiene en sus brazos. Ambos están en pié.)

ALEJ. Mejor. Las ideas de orden, los números, la regularidad son el desierto de la vida, que hay que atravesar con sed y fastidio. Al fin, ¿qué se encuentra? Nada, fastidio, sed... La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

ISIDORA (Como dormida sobre el pecho de Alejandro, los ojos cerrados.) Sí... el desierto... sed.

ALEJ. Reconoce que estas luchas de la realidad á nada conducen, y que vale más dormir, soñar, entregarse al dulce acaso...

ISIDORA (Como en sueños.) Soñar... vivir...

ALEJ. Y que fuera del arte, del amor, de la poesía, nada existe que merezca nuestra atención.

ISIDORA ¡Oh, qué delirio! (Despréndese de los brazos de Alejandro.) ¿Estoy soñando?... Alejandro, me matas.

ALEJ. Te resucito.

ISIDORA Déjame, te lo suplico.

ALEJ. ¡Oh, alma mía! ¿Qué he de hacer yo más que

obedecerte? Pero á cambio de mi sumisión...

ISIDORA ¿Qué?

ALEJ. Una palabra, una sola... Díme que deseas unirte nuevamente á mí.

ISIDORA (Aturdida y desconcertada) ¡No!... (Con vacilación angustiada.) Sí... No sé... (Con pena hondísima) ¡Dios mío, ya no tengo voluntad! Déjame, déjame ahora... Te lo suplico... Quisiera mandártelo; pero ya no puedo, no puedo mandar. (Con infantil desconsuelo.) No sé qué pasa en mí... Alejandro, te lo ruego... (Luchando por recobrar su voluntad.) Te pido que salgas de aquí... ¿Quieres que me arrodille para suplicártelo? (Hace ademán de arrodillarse.)

ALEJ. No, no... Adiós... Soy feliz. (Se retira y retrocede.) Un momento más.

ISIDORA No, no... ¡Vete, por Dios!

ALEJ. Obedezco... Adiós. (Vacila: al fin se decide á partir.) Hasta luego... Te espero... adiós.

ISIDORA Adiós. (Cae anonadada en una silla, sollozando.)

ESCENA X

ISIDORA; DON SANTOS, que entra presuroso por el foro izquierda en el momento de salir Alejandro, y lo ve.

SANTOS ¡Él aquí... y yo loco buscándole! Voy tras él.

ISIDORA (Sin moverse de su asiento, muy abatida.) No, no...

SANTOS (Advirtiendo su turbación.) ¿Pero qué... hija mía, qué te pasa?

ISIDORA Nada, nada.

SANTOS ¡Si supieras lo que ocurre! Una gran desdicha.

ISIDORA (Asustada.) ¿Qué?...

SANTOS Es cosa de él... Y yo acechándole en casa de Guevara... y la casa de Guevara... ¡Oh, cuánto pillo en este mundo!

ESCENA XI

ISIDORA, DON SANTOS, DON ISIDRO; luego DOÑA TRINIDAD

ISIDRO (Por la tienda, presuroso, muy sofocado.) Hija mía, ¿pero qué te pasa?... ¿Estás loca?

ISIDORA ¿Pero qué?...

ISIDRO (Con dificultad en el aliento.) Que me has puesto en ridículo. Requejo ha creído que nos burlábamos de él. Se pasó la hora, y tus notas no llegaron.

ISIDORA (Aturdida.) Ahí están.

ISIDRO (Mirando los papeles que toma de la mesa.) Todo equivocado... confundidas las cifras, trocadas las marcas. ¿Qué suma es esta?

ISIDORA ¡Qué desatino! ¡Jesús!

ISIDRO ¿Pero tú cómo tienes la cabeza?

ISIDORA (Atigida.) Trastornada, ¡ay! enteramente trastornada...

TRIN. (Que entra por el foro izquierda y se aproxima al grupo.) ¿Qué es eso? ¡Isidora! (Isidora, paralizada por la estupefacción, no contesta.)

ISIDRO Y nada hemos podido hacer. Requejo furioso. Yo aturdido...

ISIDORA No sigas. ¡Qué vergüenza!

ISIDRO Estamos perdidos. Requejo no espera... No podemos cumplir... La casa se hunde.

ISIDORA (La mirada perdida en el espacio.) La casa se hunde. (Con terror.) ¡Perecemos todos!

TRIN. ¿Pero, hija, tú sueñas?

ISIDORA Sueño, sí. (Cae en una silla, fatigada y sin aliento. Todos la rodean atigidos.)

ISIDRO ¡Dios de mi vida!

SANTOS Y Guevara, ¿sabes? lo que yo temía, Guevara...

ISIDRO Se ha fugado... ya lo sabía... dejando descubiertos horribles.

SANTOS Alejandro... todo lo ha perdido...

- ISIDRO Hija mía, ¿oyes? Todos caen, y en algunos la caída es castigo del Cielo.
- ISIDORA (Como despertando. Transición del aturdimiento á un vivo terror.) ¡Ah...! ¡Caemos todos... nosotros... él!
- ISIDRO Niña querida, recobra tu sér.
- TRIN. Vuelve en tí.
- ISIDORA ¡Oh, no puedo, no puedo!... Le quiero... Y ahora más, más... (Llorando.) Padre, madre, hermanitos míos, arrojadme de vuestro lado... Ya no soy vuestra Isidora,... soy la otra, la otra... la suya.
- ISIDRO Pero, hija de mi alma, ¿dónde está tu santa energía?
- SANTOS ¿Tu bendita voluntad?
- ISIDORA (Con desvarío, mirando á todos.) ¿Mi voluntad...?
- TRIN. ¿Con él?
- ISIDRO ¿Con nosotros?
- ISIDORA (Que pretende dominar la turbación de su mente. Pansa. Ansiosa se interroga.) ¿Con él... con vosotros? (Entregándose á la desesperación por no poder conciliar sentimientos contradictorios.) ¡Ay de mí!... ¡no lo sé! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entre el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO, TRINITA, SERAFINITO; el primero arregla las piezas de tela en las mesas grandes; los dos segundos colocan en sus cajas algunos pañuelos de Manila que estaban sobre la mesa, y se los van dando á Bonifacio; DOÑA TRINIDAD, que sale por la izquierda con mantilla; al fin de la escena, ISIDORA

- TRIN. ¿Qué enredáis ahí vosotros?
- TRINITA Mamá, ayudamos á Bonifacio.
- TRIN. No perdáis el tiempo en tonterías. Tomad ejemplo de vuestra hermana, siempre esclava de su obligación...
- SERAF. Pues esta tarde... (Bonifacio se retira al fondo.)
- TRINITA Dí, mamá: ¿qué le pasó á Isidora esta tarde?
- TRIN. (Sin saber qué decir.) Pues...
- SERAF. Que su admirable máquina volitiva se descompuso un momento, y...
- TRIN. Nada... un ligero accidente... algo á la cabeza... El excesivo trabajo, sin duda. Pero ya habéis visto. ¡La pobre, luchando fieramente consigo misma, y dominando su turbación, ha vuelto á ser la mujercita inteligente y hacendosa de siempre. Y al despejarse sus facultades, rehizo de prisa y corriendo las notas, con lo cual se pudo ultimar la operación con Requejo.
- TRINITA Pero después del arrechucho se ha quedado tan triste... ¿Qué le pasa?